

AE
& I



Todos los buenos soldados

David Torres



 Planeta

David Torres



Todos los buenos soldados

IMAGINARIA

—*España*. Ya me estás tocando los cojones.

En el parque hormigueaban oficiales del brazo de sus novias, soldados de paseo, lugareños vendiendo mercancías. A Alonso le extrañó que nadie prestara atención a las blasfemias de aquel moro sentado en uno de los bancos, enfundado en una chilaba a rayas. Le parecía extraño que nadie le hubiera cerrado la boca de un puñetazo; quizá el hombre estaba loco o borracho perdido. Le resultó más extraño aun descubrir que no estaba borracho ni loco y que tampoco era moro.

—*España*, ven aquí. Que no te lo tenga que decir dos veces.

De entre los arbustos brotó una perra grande, huesuda, de hocico largo y ojos claros, dando brinco con una pelota entre las fauces. El animal percibió al instante el tono de reproche y trotó hacia su dueño con las orejas gachas. Le entregó la pelota llena de babas, lamio su mano y agitó el rabo en señal de rendición, agotada y feliz. La chilaba a rayas se marchó mientras la perra saltaba a su alrededor como fuego graneado.

Alonso preguntó a un cabo de Tiradores que lo saludó al pasar.

—Es el sargento Fox. Mucho ojo con él, mi alférez.

—¿Sargento de Tiradores?

—De la Legión. Pero ni en la Legión saben qué hacer con él.

Desde luego, Fox no parecía un legionario al uso. Quizá por eso atrajo la atención de Alonso, que se sentía otro bicho raro de uniforme. Tal vez Fox alcanzara a explicarle algunos detalles de aquella guerra en la que nadie estaba seguro de nada. Hacía varias semanas que había desembarcado y todavía no podía precisar en qué lugar de ese pedregal interminable se hallaba el frente, si es que el frente consistía en algo más tangible que la arena y las piedras, esa nada de color pardo que atiborraba los mapas. Sidi Ifni no era más que un orzuelo en la costa atlántica, una ciudadela fortificada que había resistido de milagro la insurrección armada que sacudió todo el Sahara español la madrugada del 23 de noviembre. En las entrañas del desierto, mal abastecidos y peor comunicados, varios puestos y cuarteles del interior fueron cayendo uno tras otro. Las noticias sonaban confusas y alarmantes, pero fuera de Ifni la guerra no existía, no era más que un rumor al que los periódicos españoles no concedían más crédito que el de un incidente fronterizo, nada grave, unas cuantas bandas de bandidos nómadas que habían escapado al control de las fuerzas marroquíes. A falta de informes oficiales, en aquella contienda remota todo eran rumores, chismes, bulos, cuchicheos. Unos días después Alonso volvió a encontrarse con la

misma chilaba a rayas sentada en un banco del parque, leyendo un diario atrasado.

—¡Qué imbéciles, Dios santo! —La voz saltó como si Alonso hubiese pisado una mina—. Si por ellos fuese, habrían enviado a la Guardia Civil en vez de a la Legión.

—Tiene razón. No parece que nos tomen muy en serio.

Fox alzó la cabeza y lo observó despacio. Dos gotas de luz destellaron desde la oscuridad de la capucha.

—Usted es el alférez Díaz de Castro, ¿no?

—¿Cómo lo sabe?

—Yo lo sé todo. Ése es mi trabajo.

Se quitó la capucha, pegó un chiflido y la perra apareció al instante jadeando de puro gozo. Mientras le rascaba el lomo, Alonso pudo ver que había un inquietante parecido entre hombre y animal: las orejas puntiagudas, los ojos casi transparentes, la feroz expresión de astucia esmaltada en cada uno de los rasgos.

—*España*, te presento al alférez Alonso. Espero que me deje llamarlo Alonso, mi alférez. En mi trabajo no puedo andarme con mucha ceremonia.

—¿Cuál es su trabajo?

—Ya se lo he dicho: saberlo todo.

Alonso alargó una mano para intentar una caricia pero lo disuadió un gruñido al ralentí.

—Es una mezcla de podenco con galgo marroquí y con vete a saber qué. No se lo tome a mal. El *sloughi* es desconfiado por naturaleza.

—¿Y le ha puesto de nombre *España*?

—El nombre le va bien. España es un país de mil leches, desde los fenicios hasta estos hijos de puta.

Fox señaló a una pareja de moros que cruzaban la plaza discutiendo a gritos y sin dejar de gesticular. Parecían muy enfadados.

—Mírelos, ni se molestan en disimular. Hablan de echarnos a patadas de aquí, en nuestras propias narices.

Fox les gritó algo en su idioma y los dos moros dieron un respingo antes de echar a correr.

—Si pudieran, nos cortaban el cuello a todos. Y estos imbéciles —dijo, estrujando el periódico— contando los mismos cuentos de la amistad eterna entre los dos pueblos. Hasta mi perro tiene más seso.

—Parece muy listo. con ese hocico de zorro.

—¿Me lo dice a mí o al perro?

—¿Perdón?

—Fox. Mi apellido en inglés significa «zorro». Pensé que había hecho usted un chiste.

—No sé inglés, sargento.

—Me extraña. Un hombre con sus estudios.

Alonso estudió el rostro de Fox como si tratara de datar un fósil: la piel demasiado blanquecina, la afilada nariz, las estrías de los labios, el cráneo rapado de donde asomaban unas púas canosas. No parecía un físico muy adecuado para el desierto, tal vez por eso usaba la chilaba, para protegerse del sol. Le calculó entre cincuenta y sesenta años, pero también podían ser menos o más.

—No me lo diga. Es su trabajo —Fox asintió—. Ya que parece estar al tanto de todo, ¿podría decirme cuándo atacarán los moros?

—No creo que lo intenten de nuevo. Ya perdieron su oportunidad de tomar la ciudad aunque faltó un pelo para que nos cortaran el cuello a todos. Ahora saben de sobra que el perímetro está bien defendido, con trincheras y alambradas. Se dedicarán a cercarnos y a tocarnos los cojones. Mientras sigamos destinados en Ifni, me temo que no veremos mucha guerra.

—Lástima. Estoy deseando entrar en combate.

—Tenga paciencia. Le aseguro que los moros no son el mejor enemigo para un estreno.

Alonso se preguntó si alguien más habría ojeado su expediente. No se le ocurría de qué otra forma había podido averiguar un simple sargento que había cursado estudios universitarios. Otra cosa sería si llevara el uniforme de la milicia. Sabía de sobra que hombres como Fox forman los ojos y oídos de un ejército pero prefería ignorar sus métodos.

—¿Qué más sabe de mí, sargento?

—Poca cosa, mi alférez. ¿Debería saber algo?

Fox se levantó, se cubrió con la capucha y le dedicó un saludo informal, a medias militar, a medias árabe. A Alonso le inquietó la respuesta. Le preocupaba que alguien hurgara en su taquilla y descubriera que le gustaba la lectura, que guardaba libros de Lope y de Ridruejo entre sus pertenencias, que escribía casi a diario en un cuaderno con la pretensión de convertirlo en diario de campaña. No quería imaginar lo que podía ocurrir si algún compañero le sorprendiese un día leyendo versos. Le tomarían por maricón, fregarían la cantina con su cara. Un legionario leyendo poemas, no jodas.

Mejor que sus pretensiones literarias siguieran siendo un secreto. Además, como le había confesado a Fox, ansiaba ir al frente, sentía que cada minuto desperdiciado en aquella nimia espera era una afrenta a la tradición militar de su familia, aquella añeja estirpe de soldados que se remontaba a los Tercios de Flandes y que había ido sembrando el mundo de intrépidos cadáveres. Había muertos gloriosos con su apellido en varios campos de batalla de Holanda, Chile, Marruecos y Filipinas. Mientras crecía, junto con la tabla de multiplicar, el pequeño Alonso oyó una y otra vez la historia de un tatarabuelo caído en una carga de coraceros en Maipú y la de un bisabuelo que ganó una mención de honor en el sitio de Baler. De niño leyó los versos de Calderón y de Marquina, se crió con la leyenda de aquellos poetas guerreros que trazaron el rumbo del imperio español escribiendo poemas con su propia sangre: Manrique, herido de muerte en una refriega al pie de un castillo enemigo; Garcilaso, al que abrieron la cabeza cuando capitaneaba el asalto a una fortaleza francesa; Aldana, perdido para siempre en el desierto junto con todo el ejército portugués. Los tres muertos de heridas en combate; los tres con versos dedicados al amor de damas imposibles; los tres perfectos poetas cortesanos. El joven Alonso soñaba con emularlos en una época poco propicia al heroísmo y a la gloria, no en una guerra sino en una posguerra interminable donde hasta el hijo de un capitán de infantería muerto en la batalla del Ebro y amamantado en el culto al héroe desaparecido podía percibir las discrepancias entre los fastos y guirnaldas oficiales y la realidad de un país vencido.

Cuando ingresó en la academia, ya sabía de sobra que los discursos y desfiles con los que celebraban año tras año la victoria sonaban más a disco rayado que a poesía imperial. Que la poesía no era lo suyo lo descubrió poco después de que una prima muy guapa y muy lejana le devolviera unos versos de amor sin responder siquiera una palabra. Mejor así, porque ese rechazo le dio a su prima el rango de musa inasequible y a él, el de ardiente caballero que la seguiría amando a pesar de todo. En noviembre de 1957, el tópico terminó de perfilarse cuando se presentó voluntario a la Legión y le notificaron que, en efecto, Marruecos sería su destino. Y en ningún lugar como el ejército —pensó—, la palabra «destino» tenía un significado tan preciso. Al desembarcar en Ifni, le pareció que de alguna manera pisaba sobre las huellas de sus héroes. Alcazarquivir, la batalla donde Portugal perdió a su rey y el capitán Aldana la vida, no se encontraba muy lejos de allí. Al fin estaba en África, al borde del Sahara, de espaldas al Atlántico, en el penúltimo resto del imperio.

—¿El imperio? Ahí lo tiene. Lo que queda de él, al menos.

Fuera de las ilustraciones de los libros y de los retratos que su madre guardaba en casa, el comandante Manuel Ochoa era el primer héroe que Alonso veía en su vida, el único en carne y hueso, el mismo que mencionaban con un murmullo de reverencia los instructores de la academia. Aún no podía creer que hubiese tropezado con él y menos aún que Ochoa lo invitara a tomar un café en una terraza desde la que se derramaba un amplio panorama de la ciudad. Mientras habla-

ba, el comandante señalaba al otro lado del cuartel, hacia los bloques de adobe amontonados y las escuálidas palmeras bamboleándose a ambos lados de una pista de tierra tatuada con neumáticos de camión. Largas sombras persistían bajo la línea de los montes lentos y lejanos, con la fatiga de viejos soldados envueltos en capotes que guardaban el sueño de Sidi Ifni. El comandante extendió la mano como un vendedor, como si le diera a elegir entre las alambradas, las trincheras, la encorvada giba del Bu Laalam, los campos desguzados, las casas blancas, las palmeras sedientas. Prolongó el gesto hacia delante para mostrarle el mar, un mar sucio y nada heroico que se empeñaba en arrastrarse contra la costa con resoplidos de borracho.

—¿Sabe cómo llamaron a esto los franceses?

—¿A qué?

—A esta tranquilidad de esperar sentados un ataque justo antes de que se produzca la matanza. La *drôle de guerre*, la guerra de broma. Fue en 1940, cuando creían que la línea Maginot era inexpugnable.

—Mi comandante, no estará insinuando que vamos a perder la ciudad.

—No. Tal vez hoy no, pero más temprano o más tarde, Ifni caerá. No le quepa duda. A los moros nunca les ha importado esperar lo que haga falta.

—A mi sí. Ojalá fuese mañana.

El comandante sonrió y bebió un trago de café. Había algo aristocrático en su gesto, una extraña delicadeza en el modo en que sujetaba la taza. Del mismo modo que Fox ocultaba un legionario inconfundible debajo de su disfraz de musulmán, Ochoa parecía un

guerrero bereber vestido con el uniforme de Tiradores. El sol del Sahara había tostado y afinado sus rasgos hasta dejarlos reducidos a una especie de esencia mineral, una claridad desértica.

—¿Teme que se firme la paz antes de poder entrar en combate? —Alonso asintió—. No ha visto mucha guerra todavía, ¿verdad, alférez?

—No he tenido ese honor, mi comandante.

—Tiene suerte. Las palabras «honor» y «guerra» nunca deberían ir juntas.

En el cuartel se rumoreaba que el comandante era un tipo raro pero hasta que lo conoció no pudo precisar en qué consistía su rareza. Decían que tenía una nutrida biblioteca de temas militares, que de vez en cuando soltaba latinajos. Eso ya era bastante raro. No en vano, era el único hombre vivo del ejército español galardonado con una Laureada póstuma. Desde luego, no encajaba con ninguno de los prototipos habituales de la milicia española: no parecía un oficial chusquero ni un estratega de salón ni un listillo de academia. Viudo y solitario, hacía muchos años que vivía en la colonia española con su única hija. Le advirtieron que tuviese cuidado con ella, que Adela era una solterona más excéntrica aún que su padre y que el comandante andaba entre la tropa buscando un incauto al que reclutar para la boda.

—Ochoa tiene una hija. Fox tiene un perro.

—Está como un cencerro, pobre mujer.

—Se le cayó en un descuido a la comadrona.

Oyó en boca de algunos compañeros de cuartel comentarios mucho menos piadosos, injurias típica-

mente legionarias, ofensas tan gratuitas y soeces que despertaban su lado caballeresco y le hacían crispár los puños de rabia. Aun antes de verla sentía compasión de aquella mujer, quizá por la simpatía instintiva que le despertaban los débiles, quizá porque la orfandad era un sentimiento que conocía bien y al que no podía acostumbrarse. O quizá porque también ella era hija de un héroe de guerra. Desde que tuvo uso de razón, su madre y sus tías no perdían ocasión de recordarle lo grande y lo buen soldado que había sido su padre. Ya fuese con caricias, reprimendas o consejos, no paraban de compararlo con él como si lo midieran con una sombra, sin comprender que de un padre muerto un niño sólo puede sentir la ausencia. Se había alistado voluntario a una guerra no tanto para repetir la tradición mortal sino para huir de ese vacío que él, desde pequeño, intentaba llenar con cualquier cosa: primero juguetes y fotografías, luego viejos poemas, por último, los estudios y el ejército. Su vida se hallaba a la expectativa, a la espera del gran ataque. Ahora, desde los muros del cuartel, oteaba las empalizadas, las trincheras, los contrafuertes del monte Bu Laalam, y veía el vacío acercarse como una tormenta de arena, una avalancha islámica que barrería al fin con cuatro siglos de historia, con los despojos del imperio español y también con él mismo. Alonso no tenía hermanos ni hermanas: era un fin de raza, el delta de su sangre, el último coletazo de los Díaz de Castro. Por las noches releía a la luz de una linterna a Aldana, a Manrique, a Garcilaso, intentando desentrañar aquella compleja retórica por la cual el cuerpo de la

amada se convertía en un campo de batalla y las oleadas de lanzas, caballos y espadas en formas del deseo. El delicado juego del amor y la guerra.

Lo comprendió una mañana en el zoco, ante un puesto de frutas, cuando iba a devolver una alfombra. El teniente Martín le pegó un codazo y le dijo que echara un vistazo.

—¿Quién es?

—La hija del comandante —murmuró Martín—. Adela. La solterona.

Alonso miró pero no vio a una solterona ni a una demente ni a una bruja, como aseguraban sus compañeros. Vio a una mujer que no se ocultaba tras un velo, como las musulmanas, ni iba emperifollada como las esposas de los oficiales, ni se exhibía por las calles medio desnuda como las mujerzuelas que habían traído de Canarias. Llevaba el rostro al aire, limpio, sin maquillaje, y preguntaba a los vendedores mientras buscaba la sombra de los tenderetes. Le pareció diferente a todas las mujeres que había visto antes (en trenes, en cafeterías, en burdeles, encuadradas en una multitud, arrodilladas en la iglesia), tal vez porque apretaba una muñeca contra su pecho, revolviendo con la otra mano entre el montón de mandarinas antes de echarlas en el canasto que sostenía su joven criado marroquí. Aquella noche Alonso escribió en su diario: «La vi de perfil, pelando una mandarina, llevándose un gajo a la boca, y sentí que manoseaba mi corazón.» Al instante, al terminar la frase, Alonso recordó los versos de amor que había enviado a aquella prima a la que apenas conocía y se avergonzó de aquel lenguaje prestado, pom-

poso, hueco. «Cuando Adela se volvió de pronto hacia mí, lejana, translúcida, sin edad, supe al fin lo que era la guerra.» Arrancó la hoja y la tiró a la papelera.

Intentó resumir sus sentimientos en unas cuantas frases simples, banales tal vez, pero transparentes y directas. Fue entonces cuando comprendió que la sencillez es lo más difícil de todo. Ya no buscaba sentir algo a través de las palabras sino decir con palabras lo que sentía. Tardó varios días en encontrar el modo de proponer una cita, tachando y desechando un borrador tras otro, hasta que destiló tres párrafos escuetos, una hoja doblada que entregó al criado marroquí después de aguardar toda la mañana ante el mismo puesto de frutas del zoco. Le dijo al muchacho que aguardaría su respuesta en ese mismo lugar, que la esperaría cada mañana, siempre que no lo retuvieran las obligaciones del mando. No fue una espera tranquila. Aquella misma tarde el teniente Cazorla entró en el dormitorio de oficiales y contó a voces cómo Adela había acompañado a su padre a la comandancia, se había sentado en un banco a esperar y había orinado en el vestíbulo sin siquiera bajarse las bragas.

—Eso es mentira —saltó Alonso.

—Díselo al sargento Armendáriz, que estaba delante. Y al ordenanza que tuvo que fregar el suelo.

—Mi teniente, es usted un embustero.

—¿Qué pasa, alférez? —preguntó Cazorla—. ¿Te estás tirando a la loca?

Alonso le lanzó un puñetazo a la cara y ambos rodaron por el suelo. Los separaron varios compañeros. Al día siguiente, mientras vigilaba un turno de patrulla,

el comandante Ochoa vino a buscarlo al puesto. Alonso sintió un vacío en el pecho cuando le invitó a subir a la muralla. Pasearon un rato en silencio, entre los desgastados dientes de piedra, hasta que el comandante sacó una hoja de papel de su guerrera, la desdobló y se la puso ante los ojos. Alonso leyó sus propias frases, salpicadas de quitasoles y mandarinas, y una quemadura de vergüenza le abrasó la cara.

—¿Quería verse a escondidas con mi hija, alférez?

—Mi comandante —tartamudeó Alonso—, le aseguro que jamás le he puesto la mano encima.

—Lo sé de sobra, hijo. Si creyese otra cosa, no estaríamos hablando.

El comandante lo taladró con sus ojos de plomo y, al fondo de sus pupilas, por un instante, Alonso atisbó el brillo homicida de las balas, la puntería legendaria que mantuvo en jaque a una columna republicana a las afueras de Belchite.

—Mi comandante, le ruego que me disculpe. Mis intenciones para con su hija son completamente honestas, se lo juro.

—He custodiado a Adela aquí más de veinte años y lo cierto es que todavía no he conocido a un soldado digno de limpiarle los zapatos.

—Ni siquiera he hablado con ella.

—Cállese. Sé muy bien que hacen chistes a costa de mi hija. Sé lo que dicen de ella. Pero usted parece distinto, alférez. No sólo porque —Ochoa alzó la hoja al aire frío de la mañana— sea capaz de escribir sin faltas. ¿Es verdad que se peleó usted con ese imbécil de Cazorla?

Alonso cabeceó despacio. Ochoa sacó un paquete

de tabaco y le ofreció un cigarrillo. Luego encendió una cerilla parapetando la llama con los dedos, un viejo ardid nocturno para evitar servir de blanco a los francotiradores. Alonso se acercó a coger fuego, intentando que el comandante no se fijara en cómo le temblaba la mano.

—Un día de éstos le invitaré a mi casa y le presentaré a mi hija. A ella también le gusta la poesía.

Fumaron en silencio mientras el amanecer se espesaba en un relente azul que pretendía volcarse hacia la noche. Durante un rato, las brasas de los cigarrillos dieron el único acorde de luz. Acodado en la muralla, Ochoa parecía un guerrero de otra época, un fantasma brotado de un tapiz antiguo o de una crónica de la Conquista. En el perfil tendido hacia el océano, Alonso vislumbró algo inmemorial: una roca, una gárgola, algo más duro y pétreo que los muros que defendían.

—Usted tiene estudios, alférez. ¿Recuerda lo que decía Catón el Viejo? —Alonso negó con la cabeza—. ¿Cómo solía terminar sus discursos en el Senado romano? *Delenda est Carthago*.

—Cartago debe ser destruida.

—Cartago debe ser destruida —asintió Ochoa—. Quiere decir que esta guerra es muy vieja. Egipcios, griegos, persas, romanos, cartagineses, españoles, venecianos, turcos, polacos, franceses. Llevamos luchando en ella más de tres mil años. Cambian los contendientes pero la guerra siendo la misma —Ochoa arrojó el pitillo al suelo y lo aplastó con la punta de la bota—. Usted ha estudiado, teniente. Sabe de sobra cómo terminará todo esto.